





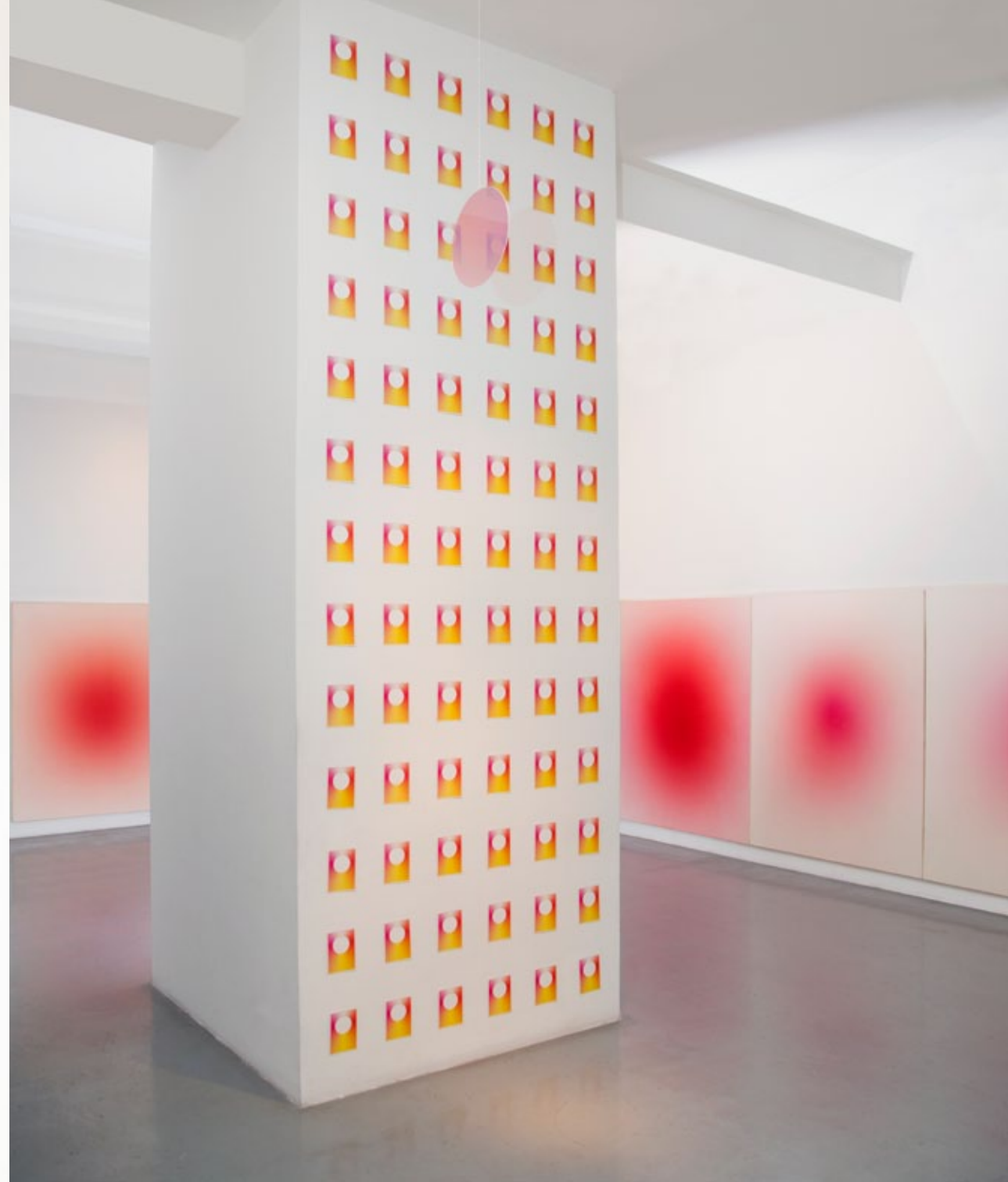
**ENTRE ATMÓSFERAS,
ATARDECERES DE CHILE
2015**

In between atmospheres,
sunsets of Chile
2015



POSTAL
ATARDECERES PERFECTOS
2016

Perfect sunsets postcard
2016

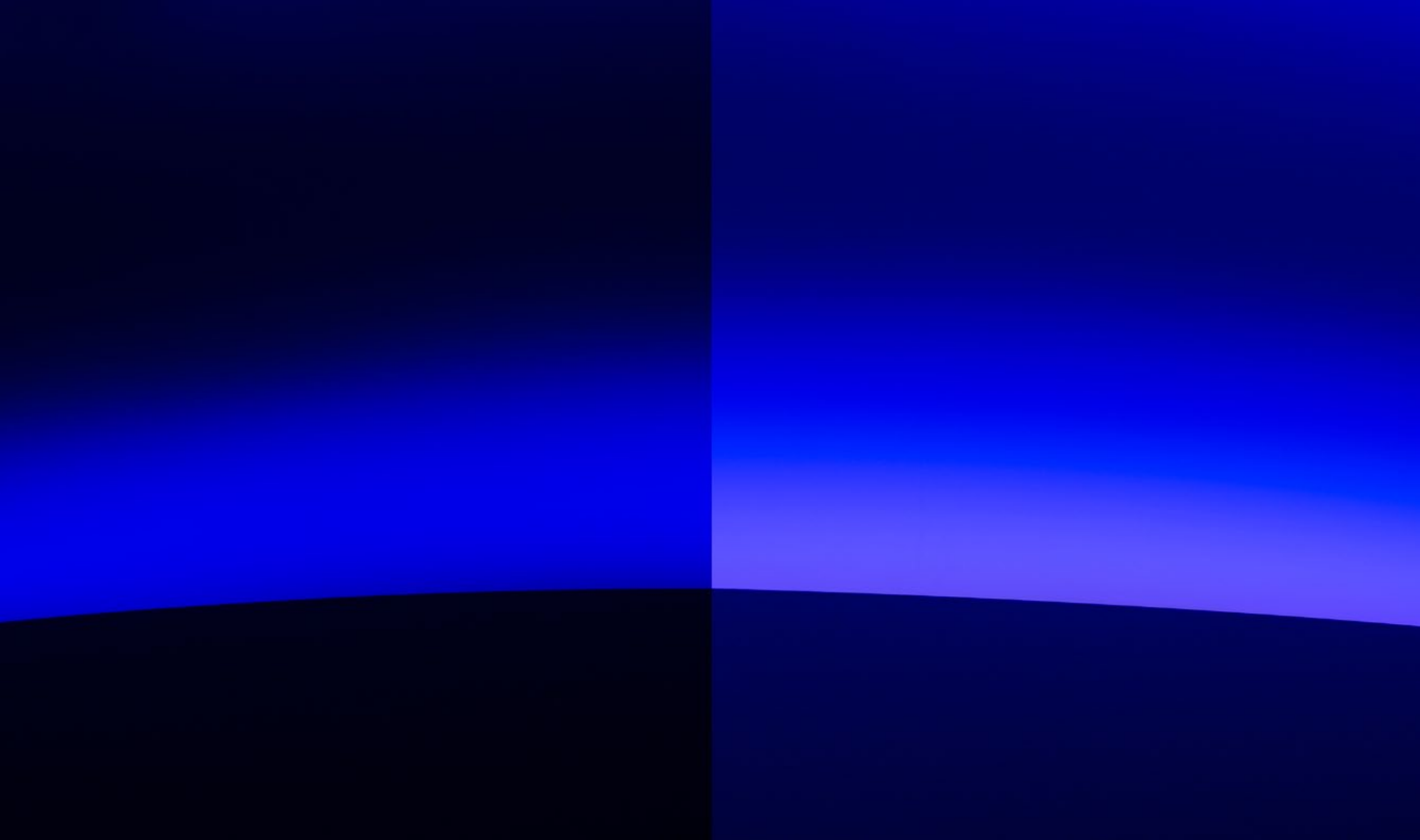


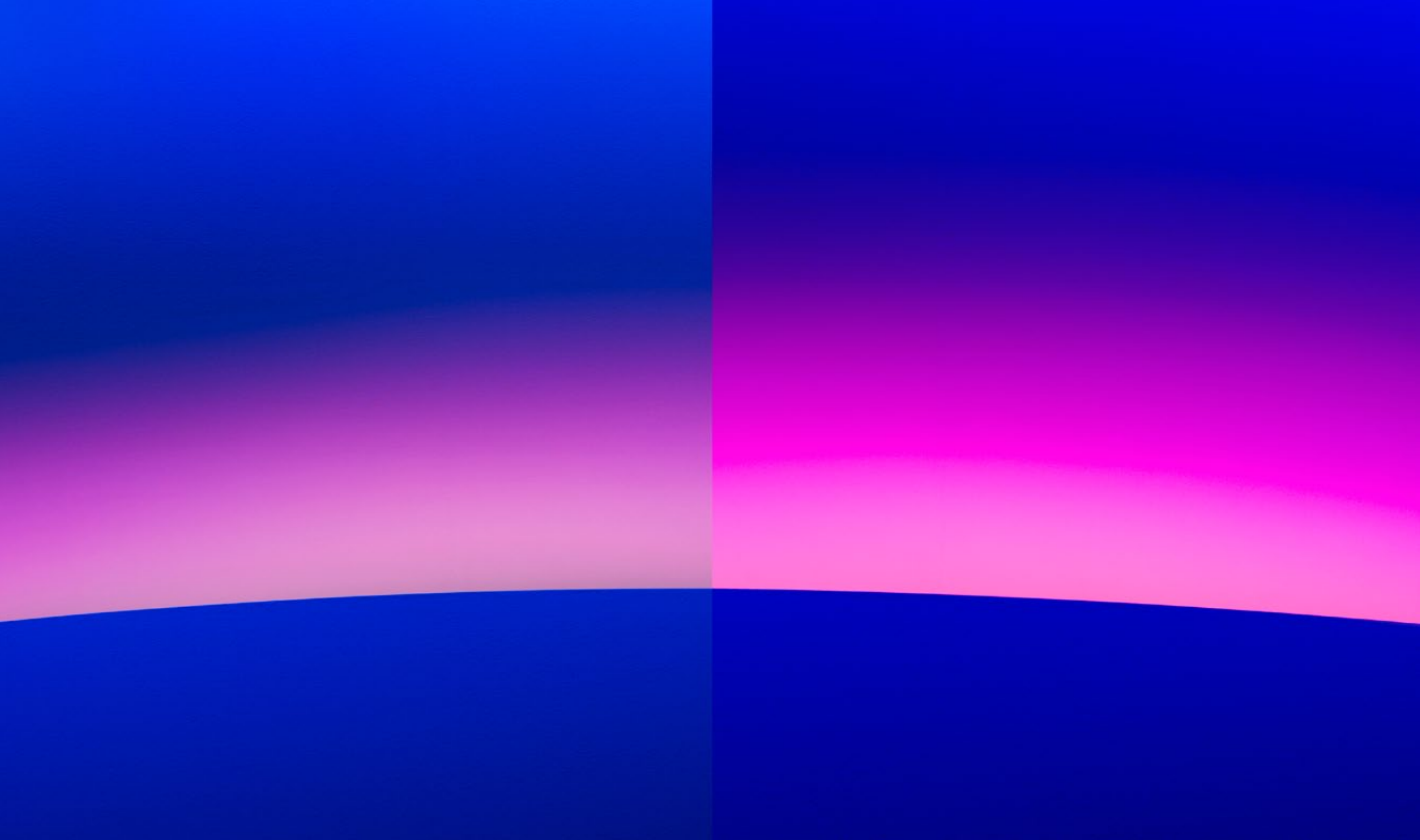
LOS ATARDECERES PERFECTOS
2016

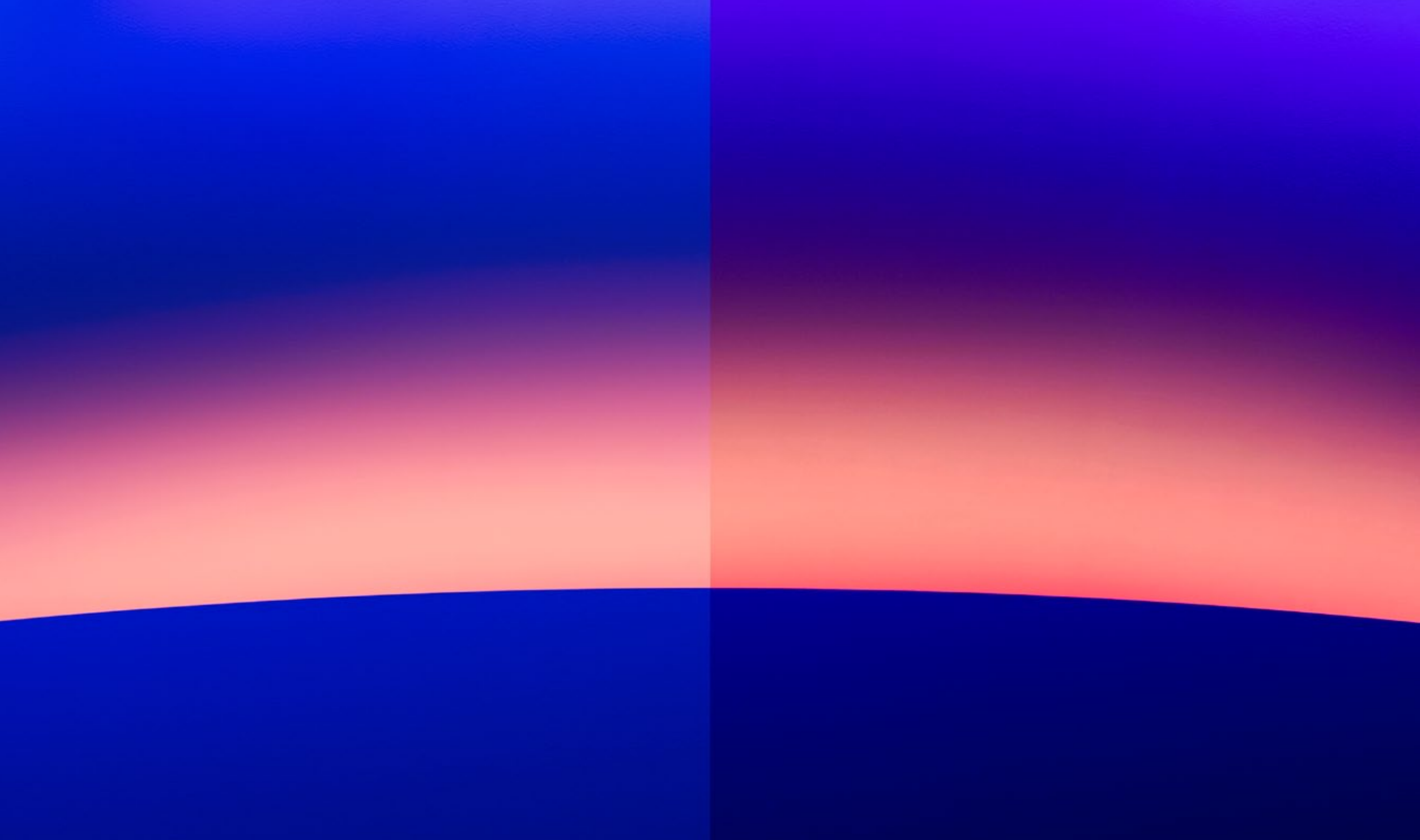
Perfect sunsets
2016

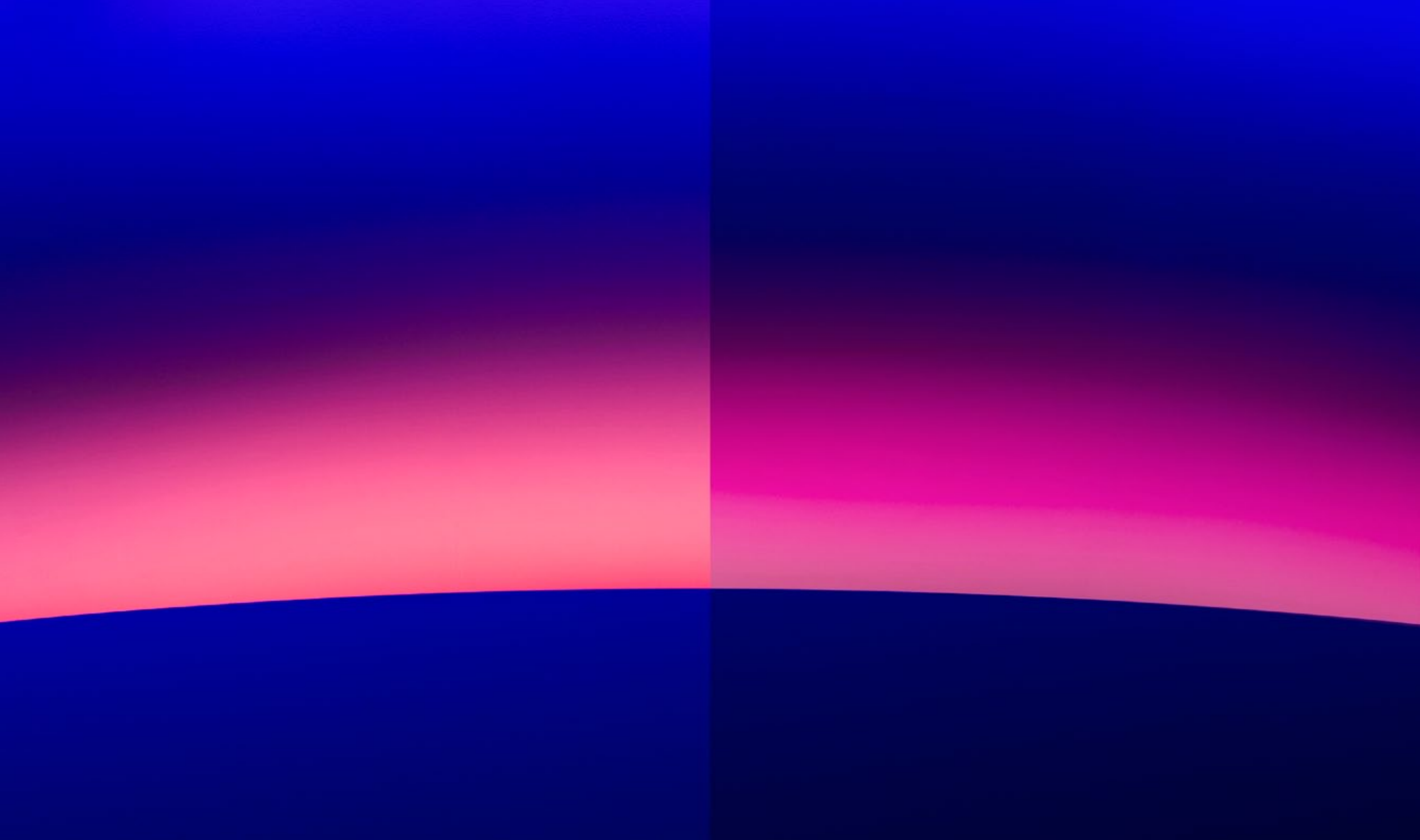


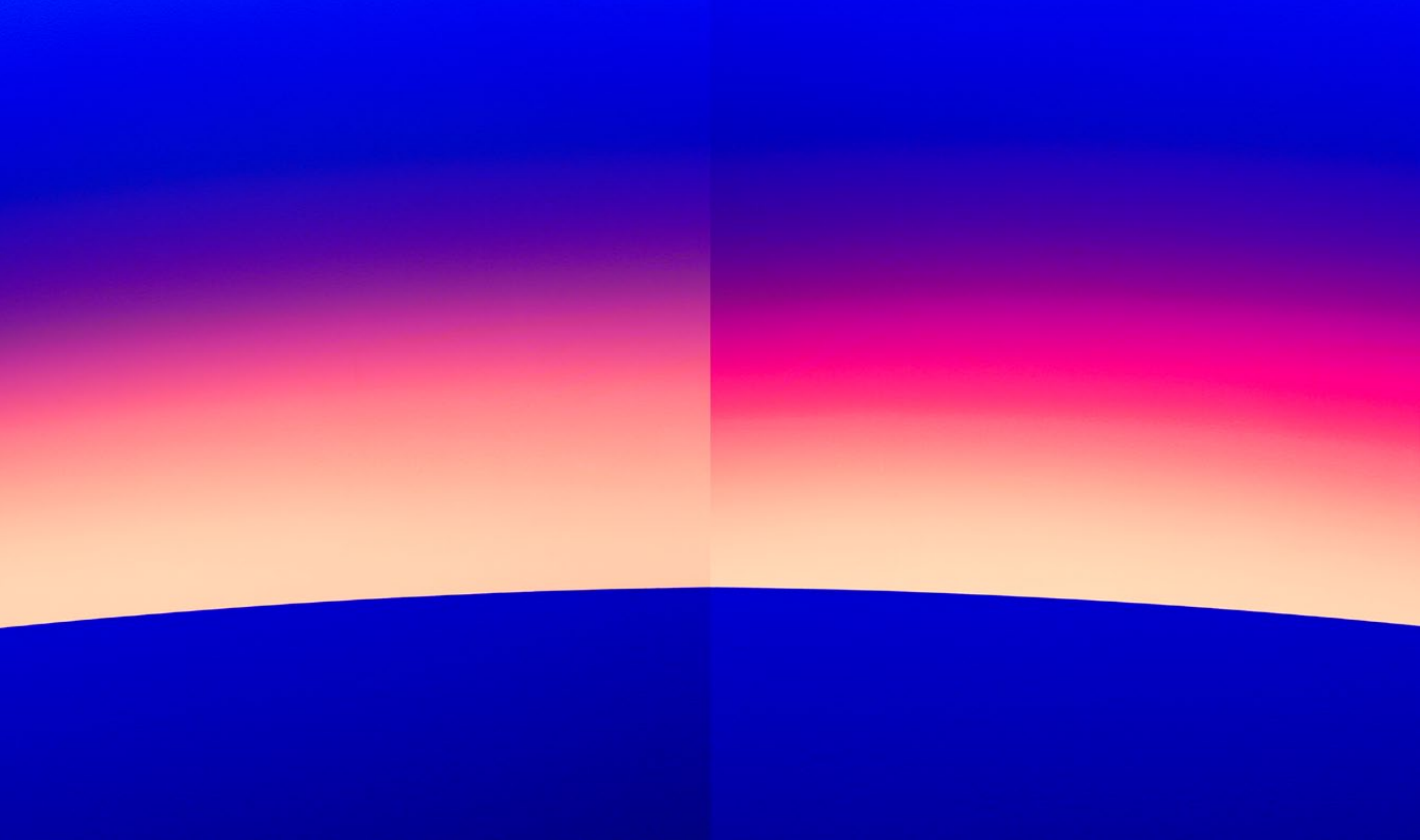


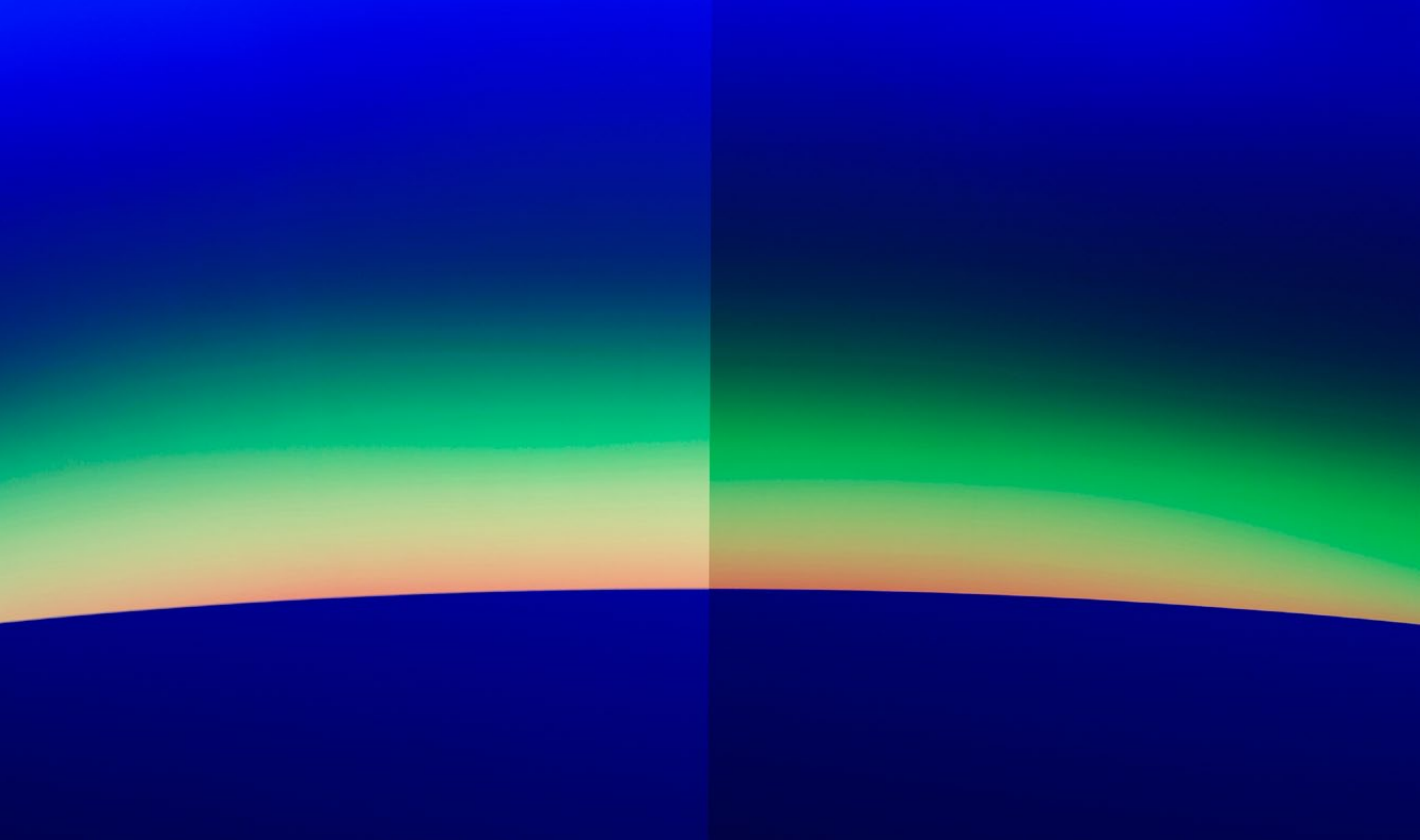


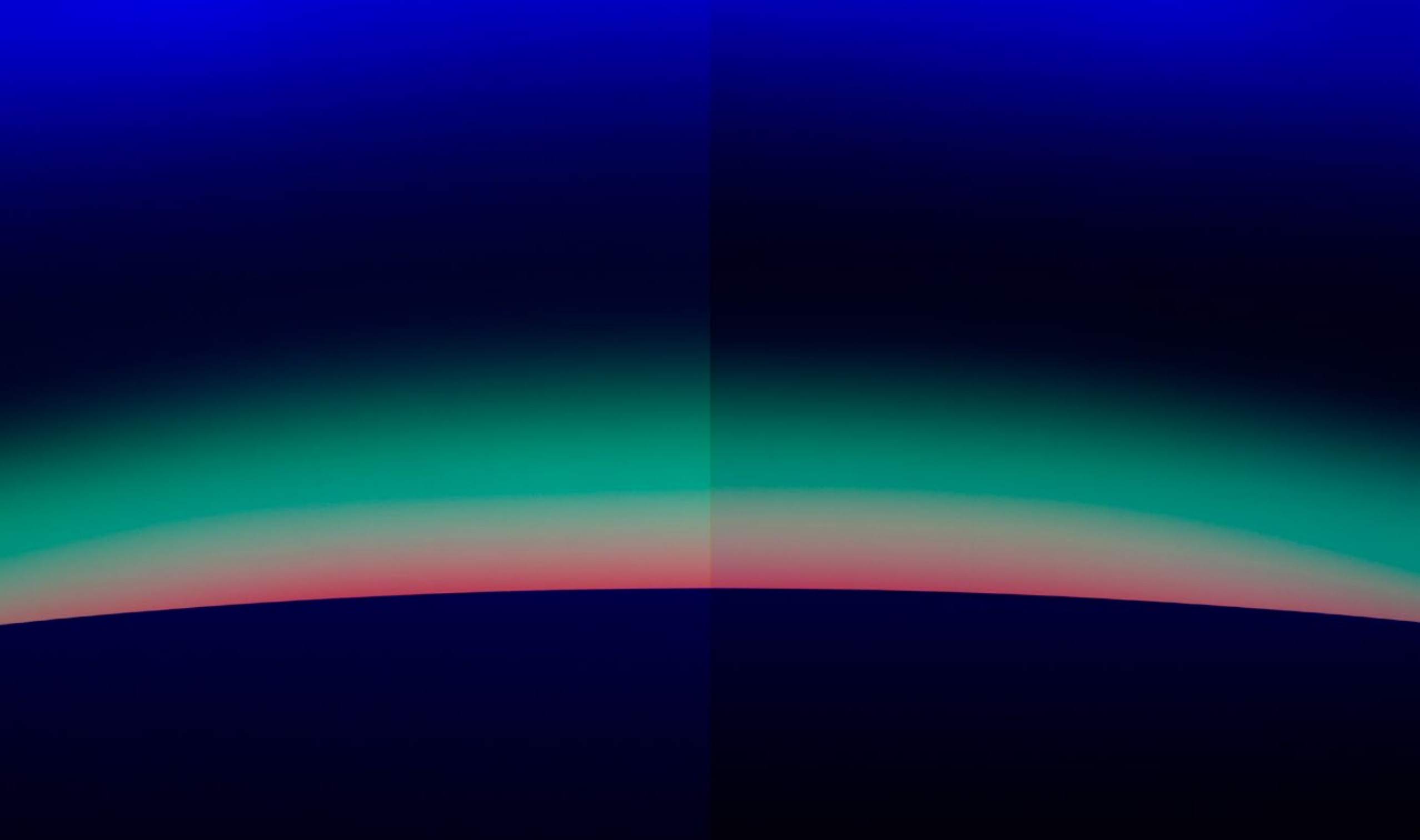


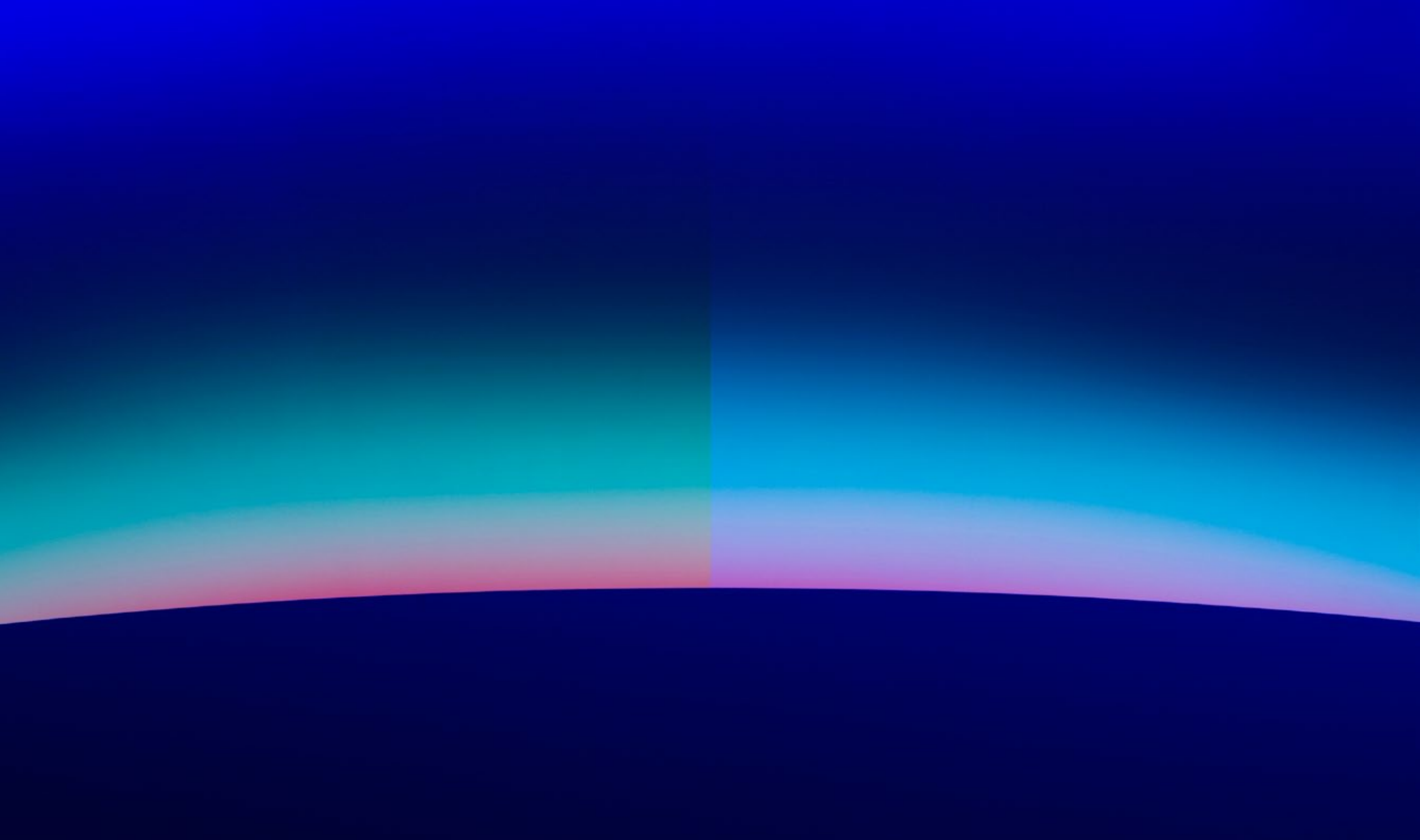














Para crear un horizonte, es necesario disponer de un espacio deslumbrante.

No sólo una gran distancia para poder observar, sino también el espacio necesario para que se comprima en una sola línea. Todo ese espacio: una línea.

Un horizonte es un pliegue de color formado por el espacio que se dobla sobre sí mismo.

Un horizonte requiere de una vista. Y casi nada entre medio. Una vez que dejas de mirar, debes permitir a tu cuerpo recuperar la gravedad —extremidad por extremidad— ya que éste puede desatarse en la distancia que se esfuma.

A orillas del mar existe una ciudad, en donde en cada atardecer multitudes de personas se reúnen para observar la puesta de sol. Presencian como la luz resplandeciente y nítida, se fragmenta en distintos

colores en contraste con el borde del océano.

La observación de este fenómeno no es una actividad solitaria. Las personas se turnan para expresarse y comprueban en los demás cómo sus propias palabras, sobre el brillo, resuenan en las percepciones del otro. Es bastante común escuchar premisas acerca de la naturaleza del malva, o si éste se está escurriendo por la nube más rápidamente que el naranja —el color del polen de la azucena— o el naranja —el color de la piel de la zanahoria.

No, observar no es una actividad solitaria. Se sospecha que las personas miran la puesta de sol en grupos numerosos por seguridad. Para garantizar que nadie se pierda en la distancia de ese acontecimiento de color que se disipa.

No somos colores. Tampoco luz.

Nos pararemos uno al lado del otro para confirmar que estamos hechos de materia. Nos tocaremos unos a otros en la oscuridad para recordarnos que tampoco hemos desaparecido con el desvanecimiento de la luz. La oscuridad no es la única que amenaza la existencia. En esa distancia exorbitante que produce un horizonte, existe un sobre exceso de luz.

En una casa llena de ventanas, la indolencia de la luz se vuelve evidente. Los pigmentos de las telas y maderas se reducen y palidecen con el tiempo — como si el sol tuviera que devorar los colores de todo lo que posees para dar vida a una nueva puesta de sol.

Sabes que debes buscar refugio cuando el sol está hambriento.

La amenaza del sol es semejante a la impresión de sentirse observado. Una mirada fija que desestabiliza tu cuerpo —como siendo absorbido por un ojo.

Ayer por la noche, la puesta de sol quedó retratada en el párpado maquillado de aquella mujer que trabaja en el mercadillo de la esquina. Con su mirada fija en la caja registradora, mientras teclea el monto de tu compra, sus ojos se asemejan al cielo instantes después de que el sol se ha hundido bajo la oscura y deshecha línea en el horizonte.

Luego, dirige su mirada directamente hacia ti. El horizonte se ha abierto nuevamente y se ha transformado en un orbe dorado de una profundidad insondable. Sólo es un ojo común,—y sin embargo, no logras distinguir qué parte de tu cuerpo es reflejada y qué parte es absorbida en su visión. Hay un espacio en todo ese color que no sabes cómo abarcar.

Esta tarde decides maquillar tus párpados. Aplicas pigmentos mezclados con minerales y alas de insectos trituradas

en el borde de tu piel. Cierras los ojos y todo adquiere un color rojo aterciopelado. Giras tu rostro hacia el cielo con la esperanza de que el sol escogerá los mismos colores que tú.

Los hundidos pliegues de tus palmas muestran el paso del tiempo en tus manos. Sin embargo, aún recuerdas cuando tu mano era del tamaño de una hoja de liquidámbar, con cinco puntas al igual que tus cinco dedos. Eran todo un espectáculo en otoño, destellando como alas de escarabajo en verde, dorado y rojo. De vez en cuando, las hojas en el árbol titilaban como el fuego en la brisa —pero cuando te aproximabas y mirabas detenidamente, te dabas cuenta de que las hojas eran planas y opacas.

Acuciosamente seleccionaste un conjunto de elementos, cada hoja es un mundo singular impregnado de un color absoluto. Apartaste las

hojas del árbol y las dispusiste con sus dedos apenas tocando el muro frente a tu cama. Aquí pudiste observarlas detenidamente. Aquí los elementos se transformaron frente al proscenio de tu pared en blanco.

Estabas recostada en tu cama y observabas. Tus ojos se trasladaban de hoja en hoja en un esfuerzo por percibir el tiempo expresado en colores —o el color siendo absorbido por el tiempo— o el feroz apetito del sol de saciar sus atardeceres —no estabas del todo segura.

En realidad, todavía no estás segura.

Sí, se sabe que el cambio en el color de las hojas en otoño obedece a la aparición de los pigmentos llamados carotenoide y antocianina a medida que la verde clorofila se desvanece de las células de la hoja. Entiendes que mientras menos azúcar queda atrapada dentro de la

hoja, más vivo es el color. A estas alturas tienes una explicación química.

Sin embargo, no hay un lenguaje que explique el paso del tiempo entre las infinitas tonalidades.

Sí, se dice que existen palabras propias de las sociedades agrarias que sistemáticamente describen toda la variedad de climas, o el paso gradual de una estación, o estaciones cuya existencia desconocías. Su depurada precisión es una contribución a la constante osadía de articular los ciclos. La metáfora es un deseo de repetir una experiencia, cognitivamente, en la mente de otra persona, incluso cuando la evidencia sensorial no existe.

No te importa que todos estos lenguajes excepcionalmente precisos fueran tan peculiares y que las palabras se convirtieran en abstracciones. No te molesta que todas hayan caído en desuso. Su mera

existencia te acompañan en tu deseo comunitario de articular claramente un ciclo —un patrón sensorial reiterado en el tiempo.

Sabes que existen léxicos completos para explicar mejor la contingencia y las expectativas de lo impredecible. Esto debido a que hay sabiduría en la imprecisión. Aunque cada hoja pueda ser única, todas siguen un patrón.

Decides repetir este experimento centrado en la observación.

En esta oportunidad, dibujas lo que observas. Primero paso a paso avanzando en círculos. Al inicio, lo visualizas solamente bidimensional: tus pasos trazan un contorno en un plano llano, el suelo. Sin embargo, tu cuerpo es una forma que no puede ser aplanada —y, a pesar de todo, eres parte del dibujo. Por lo tanto tridimensional. Finalmente, estás caminando y dibujando en el tiempo,

lo cual conforma una dimensión más.

Has dibujado un círculo invisible de pasos en el suelo y al mismo tiempo un dibujo en cuatro dimensiones.

Sin embargo, no dejaste huellas.

Si debes hacer algo más que sólo delinear el espacio con tu cuerpo, así como también dejar una huella, surge el tema de las tintas e implementos, pigmentos y solventes, superficies y soportes. ¿Cómo vas a desplegar este dibujo, cuando esta creación de cuatro dimensiones se convierta en una sumatoria de dos dimensiones?

La pregunta es agobiante.

A estas alturas, sabemos que el color no es solamente óptico, sino también espacial, y que incluso cuando permanecemos inmóviles, éste avanza hacia nosotros. La mejor alternativa sería crear un horizonte, que sea

a la vez una curva y una línea, y todos los colores del espacio ejerciendo presión unos contra otros.

Primero, escogemos una vista, luego eliminamos

todos los obstáculos de nuestra visión. Podemos elegir extender la línea del horizonte en todas las direcciones, o también, podemos ser más modestos en la escala. La observación tanto como el dibujo requieren de un enfoque.

Ahora bien, sólo queda resolver: ¿cómo generar aquella deslumbrante distancia en el espacio?

horizontes, 2015

CAITLIN BERRIGAN

“LA CURVATURA DE TUS OJOS
DETERMINA LA FORMA DE LO QUE VES”.

ROBERT IRWIN

LOS ATARDECERES PERFECTOS se propone como un cruce entre las artes visuales y las condiciones lumínicas del territorio. Chile es el país que abarca la mayor cantidad de latitudes del mundo. Si trazamos una línea desde el límite con Perú hasta el Polo Sur, esta supera los ocho mil kilómetros de longitud. Por esto, es el país que posee la mayor diversidad de luminosidades del planeta.

La exposición se centra en el momento del día en el que observamos el cielo: el atardecer. Las puestas de sol en el norte del país son muy breves, de aproximadamente treinta minutos, y la luz natural tiene mayor intensidad de azules, sobre todo en el Desierto de Atacama.

En la zona central y sur, los atardeceres tienden a ser anaranjados y rosados y, a medida que avanzamos hacia el extremo sur, éstos son muy largos, de cuatro horas o más y en saturados rojos, amarillos y dorados. Los habitantes de la Patagonia los describen con una gran emoción y son muy importantes en su cultura. En el territorio Antártico, durante el solsticio de invierno, el sol no se levanta más allá de la línea del horizonte y las puestas de sol duran ocho horas o más. Cerca del polo magnético se observan *auroras australis* de intensos verdes y rojos durante los largos meses de oscuridad.

Imaginemos el territorio que abarca Chile como una línea sobre un plano: vemos una línea muy larga y continua que se extiende en vertical desde la frontera con Perú hasta la Antártica. Ahora pensemos en esta línea de manera objetual: en su origen, el atardecer tiene una duración de treinta minutos y se va ampliando progresivamente a medida que avanzamos hacia el sur, hasta llegar a cuatro horas de duración en la Patagonia y luego se extiende a ocho horas o más en el Polo Sur. Hemos creado mentalmente la imagen de una figura triangular de tiempo y de luz sobre el territorio chileno. Si avanzamos de norte a sur, los colores van cambiando según cada latitud mientras se esconde el sol en el horizonte. Los tonos proyectados van del azul al naranja, del rosado al rojo y del amarillo dorado al lila, *in crescendo* a la hora del atardecer. Este es el punto de partida para conocer la luminosidad del territorio, para establecer un patrón a una experiencia perceptual que involucra identidad y cultura.

los atardeceres perfectos, 2016

MACARENA RUIZ-TAGLE

"THE CURVATURE OF YOUR EYES
DETERMINES THE SHAPE OF WHAT YOU SEE."

ROBERT IRWIN

PERFECT SUNSETS presents itself as an intersection between visual arts and the lighting conditions of a territory. Chile is the country that spans the greatest number of latitudes in the world: From its northern border with Peru to the South Pole, it is 8,000 kilometres in length—thus the country possesses the greatest variety of luminosity on the planet.

This exhibition focuses on the time of day when we observe the sky at sunset. The sunsets in the north of the country are quite brief, lasting about thirty minutes; there the natural light has a greater intensity of blue tones, especially in the Atacama Desert. In the central and southern areas, the sunsets tend to be more orange and pink; towards the southern end of the country in Patagonia, they are very long and can last for four or more hours in saturated red and golden hues. Descriptions from Patagonians are of full of emotion, and sunsets are very important in their culture. In the Antarctic territory, during the winter solstice, the sun does not rise beyond the horizon line, and sunsets can last eight or more hours. Near the magnetic pole we find aurora australis of intense greens and reds during the long months of darkness.

Visualizing the territory that encompasses Chile as a single line over a map, we see a long, continuous figure that extends vertically from the Peruvian border to Antarctica. Now let us picture this line as an object, beginning with a duration of thirty minutes. As it extends south, the line progressively widens with its sunset duration until it reaches four hours in Patagonia, and continues to eight hours at the South Pole. We have thus mentally created the image of a triangular figure made out of time and light, floating over the Chilean territory from north to south. Inside, the projected dusk colours range from blue to orange, pink to red, and from golden yellow to violet. This mental figure is a starting point for comprehending the luminous brilliance of the territory, establishing a pattern from perceptual experience that engages with identity and culture.

perfect sunsets, 2016

MACARENA RUIZ-TAGLE

It requires a luxury of
space to form a horizon.

Not only a luxurious
distance for looking, but
it also requires an excess
of space to be compressed
into a single line. All that
space: one line.

A horizon is a crease of
colour made by space
folding into itself.

A horizon requires a vista.
And almost nothing in
between. Once you break
from looking, you must
bring gravity back to
your own body —limb by
limb—which may become
untethered momentarily
into the vanishing distance.

There is a town at the
edge of the sea, where
each evening crowds of
people gather together to
watch the setting of the
sun. It is the occurrence of
brilliant, transparent light
being broken into distinct
colours against the brim of
the ocean.

Seeing is not a solitary
activity. People take turns
with language, trying on
each other how their own
words of radiance resonate
with the perceptions of the
other. It is not uncommon
to hear arguments about
the nature of mauve, and
whether it is slipping
against the cloud more
quickly than the orange—
colour of lily pollen—or
the orange—colour of
carrot peel.

No, seeing is not solitary.
It is suspected that the
people watch the sunset
in such great number
for safety. To assure that
no one is lost into that
vanishing distance of
colour made event.

We are not colours.
Or light.

We will stand next to each
other to confirm that we
are solid. We will touch
one another in the dark to
remind ourselves that we
have not also extinguished
with the disappearance of
the light.

It is not just darkness that
threatens existence. In
that exorbitant distance
of space that produces a
horizon, there is a glut of
light. In a house made of
windows, the cruelty of
light becomes apparent.
The pigments of textiles
and wood pale and
evaporate with time—as
if the sun must devour all
the colours of everything
you own in order to make
a new sunset.

You know to look for
cover when the sun is
hungry.

To be threatened by the
sun is the same feeling of
being watched. A gaze that
destabilizes your body—
like being absorbed by
an eye.

Last night the sunset
looked like the painted
eyelid of that woman who
works at the market on the
corner. With her gaze cast
down as she tap tap taps
the sums of your purchases
into the register, her eyes
are like a sky just moments

after the sun has sunk under a deep black, lashed line of horizon.

Then she turns her eyes directly to you. The horizon has opened into an orb of golden colour with immeasurable depth. It is just an ordinary eye—and yet. You cannot tell what of you is being reflected and what of you is being absorbed into her vision. There is space in all that colour you do not know how to measure.

This evening you decide to paint your own eyelids. You brush pigments mixed with crushed insect wings and minerals along the brim of your skin. You close your eyelids and it is all red velvet. You turn your face to the sky with the hope that the sun will choose the same colours you did.

The loosening creases in your palms show that time has passed in your hands. But you still remember

when your hand was the size of a sweet gum leaf, with five points just like your five fingers. They made such a show in the autumn, shimmering like beetle wings in green, gold and red. Sometimes the leaves on the tree would scintillate like fire in the breeze—but when you approached and looked closely, you found that the leaves were flat and opaque.

You assiduously selected a cast of fallen characters, each leaf its own uniquely smeared world of self-contained colour. You took the leaves inside away from the tree, and arranged them with their fingers barely touching on the wall opposite your bed.

Here you could observe them with vigilance. Here the characters would transform against the proscenium of your blank wall.

You lay on your bed and watched. Your eyes slid from leaf to leaf in an

effort to perceive time as expressed by colour—or colour being absorbed by time—or a hunger of the sun filling up for its sunsets—you weren't quite sure.

In fact, you are still unsure.

Yes, it has been explained that the changing colour of leaves in autumn is due to the unmasking of carotenoid and anthocyanin pigments as green chlorophyll dissolves from the cells of the leaf. You know that the more sugar is trapped in the leaf, the crisper the colour. These chemical justifications you have learned by now.

But there is no language for the shift of time between infinite hues.

Yes, it is said there are words belonging to agrarian societies that systematically describe all possible weathers, or the incremental passage of a season, or seasons you

didn't even realize occur. Their indulgent precision is tribute to a persistent desire to articulate cycles. Metaphor is a desire to repeat an experience, cognitively, in the mind of another person, even when the sensory evidence is absent.

To you it doesn't matter if all these exceptionally precise languages were so idiosyncratic that the words became abstractions. You don't mind if they have all fallen out of use. Their existence alone keeps you company in your shared desire to articulate a cycle—a sensory pattern, repeatable in time.

You know there are even whole vocabularies to elaborate on contingency, and expectations of the unpredictable. Because there is wisdom in imprecision. Each leaf may be unique, but they follow a pattern.

You resolve to repeat this experiment of observation.

This time you draw what you observe.

First in steps, moving in a circle. You think of it initially as only two dimensional: your steps delineating a shape on a flat plane, the floor. But your body is a form that cannot be flattened—and you are, after all, part of the drawing. So that makes three dimensions. And then you are walking and drawing in time, which makes four.

You have drawn an invisible circle in steps on the floor and already it is a four dimensional drawing.

However, you left no traces.

If you are to do more than just delineate space with your body, but also leave a trace, there is the question of inks and implements, pigments and paints, surfaces and supports. How will you hold this drawing, when it goes from being a four dimensional

event to a two dimensional figure?

The question is crushing.

By now we know that colour is not just optical, but also spatial, and that even when we stand still it moves against us. The best option might be to create a horizon, which is both a curve and a line as well as all colours of a space pressing together.

First we must choose a vista, then clear all obstacles in our lines of sight. We may choose to extend the horizon in all directions, or we may be more modest in scale. Observation and drawing require focus.

Now, what remains is to figure out: how to make room for such a luxurious distance of space?

horizons, 2015

CAITLIN BERRIGAN

BIOGRAFÍAS

MACARENA RUIZ-TAGLE | (1981, Chile) vive entre Berlín y Santiago de Chile. Su obra en pintura, escultura e instalación está basada en la fusión entre el cuerpo y los fenómenos ópticos. Ha expuesto su trabajo en Neue Nationalgalerie Berlin, 13^a Bienal de Arquitectura de Venecia, Fundación Bauhaus en Dessau, Hebbel am Ufer en Berlín, CCCB Centre de Cultura Contemporània en Barcelona, MNBA Museo Nacional de Bellas Artes, MAC Museo de Arte Contemporáneo, MAVI Museo de Artes Visuales, Galería Patricia Ready y Galería Gabriela Mistral en Santiago, entre otros. Entre las becas y distinciones que ha recibido, se encuentran Fondart, DAAD Servicio Alemán de Intercambio Académico, Concordia University, Preis Jacqueline Diffing Foundation y Concurso de Arte Contemporáneo Galería Gabriela Mistral. Ha participado en la residencia de arte Casa Poli con Triangular Project y en el Institut für Raumexperimente (Instituto de Experimentos Espaciales) dirigido por Olafur Eliasson en conjunto con la Universität der Künste Berlin (Universidad de las Artes de Berlín). Ruiz-Tagle es magíster en artes visuales de la Concordia University y licenciada en artes de la Universidad Católica de Chile.

PAULINA VILLALOBOS | (1973, Chile) es Arquitecta e iluminadora

de la Universidad de Chile y Magister en Architectural Lighting Design de Wismar, Alemania. Ha obtenido los diplomas de Urban Management, United Nations Centre for Regional Development UNCRD en Japón y Light & Design del KTH Royal Institute of Technology en Suecia. En 2005, Villalobos funda el estudio de iluminación DIAV en Santiago y en 2011, Noche Zero.

CAITLIN BERRIGAN | (1981, EEUU) vive entre Berlín y Nueva York. Su trabajo en performance, vídeo, escultura, texto e intervenciones públicas participativas está relacionado con las íntimas y extrañas dimensiones sociales del poder y la política. Ha expuesto su obra en el Whitney Museum of American Art, Harvard Carpenter Center, Storefront for Art & Architecture, Hammer Museum y en Anthology Film Archives, entre otros. Ha recibido becas y residencias de la Humboldt Foundation, Skowhegan School of Painting & Sculpture, PROGRAM for Art & Architecture Berlin y Schloss Solitude. Berrigan es docente de Photo & Imaging en la NYU Tisch School of Arts, magíster en artes visuales del MIT Massachusetts Institute of Technology y licenciada en artes en el Hampshire College.

AGRADECIMIENTOS

Los Atardeceres Perfectos es una instalación lumínica realizada

en conjunto con la arquitecta y diseñadora de iluminación Paulina Villalobos e iniciado en conjunto con Triangular Project en Casa Poli en Abril del 2015. La exposición cuenta con el auspicio de Cidelsa, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile, DIAV, Imprenta Garcés y Rehue.

Dedicado a mi familia, especialmente a Carolina, Jorge Miguel, José Miguel, Andrés y Matías por su bondad y apoyo incondicional. Agradezco especialmente a Florine Leoni, Andrés Schneider, Paulina Villalobos y Sandra Volny por su entrega absoluta y su compañía en el camino del arte. A Casa Poli residencias de arte por compartir con Proyecto Triangular un espacio inolvidable. A Florencia Loewenthal por su confianza y generosidad, y por fomentar la circulación de mi obra. Al equipo de Galería Gabriela Mistral por su disposición y su grata energía. A David Galindo y Rodrigo Manríquez por su convicción y perseverancia en la realización del proyecto. También agradezco el apoyo de Cristián Barahona, Caitlin Berrigan, Fredy Bravo, José Bravo, Robinson Carrasco, Oscar Concha, Alonso Duarte, Leon Eixenberger, Eduardo González, Gino González, Leslie Fernández, Hugo Fredes, Leonel Manríquez, Manuel Peralta, Jorge Roca, Amaro Vergara y a todos aquellos que visitaron la exposición y se hacen parte de la experiencia del arte.

BIOGRAPHY

MACARENA RUIZ-TAGLE | (1981, Chile) lives in Berlin and Santiago de Chile. Her work in painting, sculpture and installation is based on the fusion between the human body and optical phenomena. Her work has been shown at the Neue Nationalgalerie Berlin, 13th Venice Biennial of Architecture, Bauhaus Foundation in Dessau, Hebbel am Ufer Berlin, CCCB Contemporary Culture Center in Barcelona, MNBA National Museum of Fine Arts, MAC Museum of Contemporary Art, MAVI Museum of Visual Arts, Patricia Ready Gallery, Gabriela Mistral Gallery in Santiago, etc. Some of the awards and scholarships she has received: Fondart, DAAD German Academic Exchange Service, Concordia University, Preis Jacqueline Diffing Foundation and the Contemporary Art Contest Gabriela Mistral Gallery. She has participated at Casa Poli Artist in Residence with Triangular Project and at the Institut für Raumexperimente (Institute of Spatial Experiments) choreographed by Olafur Eliasson in collaboration with Universität der Künste, Berlin (University of the Arts Berlin). Ruiz-Tagle holds a MFA in Sculpture from Concordia University and a BFA from Pontificia Universidad Católica de Chile.

PAULINA VILLALOBOS | (1973, Chile) is an architect from

Universidad de Chile and has Master Degree in Architectural Lighting Design in Wismar, Germany. She holds a Diploma in Urban Management from the United Nations Center for Regional Development (UNCRD) in Japan, and a Diploma in Light & Design from the KTH Royal Institute of Technology in Sweden. Villalobos founded DIAV lighting design studio in Santiago in 2005, and Noche Zero in 2011.

CAITLIN BERRIGAN | (1981, EEUU) works across performance, video, sculpture, text, and participatory public interventions to engage with the intimate and uncanny social dimensions of power and politics. Her work has been shown at the Whitney Museum of American Art, Harvard Carpenter Center, Storefront for Art & Architecture, Hammer Museum, and Anthology Film Archives, among others. She has received scholarships and residencies from the Humboldt Foundation, Skowhegan School of Painting & Sculpture, PROGRAM for Art & Architecture in Berlin, and Schloss Solitude. She is a full-time academic at NYU Tisch Photo & Imaging, and has a Master degree in visual art from MIT and a Bachelor degree from Hampshire College.

ACKNOWLEDGEMENTS

Perfect Sunsets is a lighting installation in collaboration with

architect and lighting designer Paulina Villalobos and initiated with Triangular Project at Casa Poli on April 2015. The exhibition is sponsored by Cidelsa, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Chile, DIAV, Imprenta Garces, and Rehue.

Dedicated to my family, especially to Carolina, Jorge Miguel, Jose Miguel, Andres and Matias, for their kindness and unconditional support. I specially thank Florine Leoni, Andrés Schneider, Paulina Villalobos, and Sandra Volny, for their support and commitment side by side in the path of art; Casa Poli Artist in Residency for sharing with Triangular Project a precious and unforgettable experience; Florencia Loewenthal, for her confidence, generosity, and motivation to promote my work; the team of Gabriela Mistral Gallery, for their willingness and pleasant energy; David Galindo and Rodrigo Manríquez, for their conviction and perseverance in carrying out this project. I want to thank the support of Cristián Barahona, Caitlin Berrigan, Fredy Bravo, Jose Bravo, Robinson Carrasco, Oscar Concha, Alonso Duarte, Leon Eixenberger, Eduardo González, Gino González, Leslie Fernández, Hugo Fredes, Leonel Manríquez, Manuel Peralta, Jorge Roca, Amaro Vergara, and everyone who visited the exhibition and became part of the art experience.

**LOS ATARDECERES PERFECTOS |
MACARENA RUIZ-TAGLE**

Publicación a cargo de
Florencia Loewenthal
Texto (*Horizons*, 2015)
Caitlín Berrigan
Diseño Colección
y Dirección de Arte
Pozo Marcic Ensemble
Fotografías
Cristián Barahona
Felipe Fontecilla
Rodrigo Maulén
Traducción
Francisca Heiremans
Jeffrey Malecki
Felipe Núñez
Claudia Vallejo
Ashley Wyatt
Impresión
Ograma
Tiraje 800 ejemplares

GALERIA GABRIELA MISTRAL

Directora
Florencia Loewenthal
Encargada Colección
Ximena Pezoa
Producción y Montaje
de la Exposición
Alonso Duarte

© Consejo Nacional
de la Cultura y las Artes
Registro de Propiedad Intelectual
Nº 268413
ISBN 978-956-352-176-4
www.cultura.gob.cl
2016 — Impreso en Chile

Se autoriza la reproducción
parcial citando la fuente
correspondiente.

Los textos contenidos en el
presente catálogo no representan
necesariamente la opinión
de esta institución.

**CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA
Y LAS ARTES**

Ministro Presidente del Consejo
Nacional de la Cultura y las Artes
Ernesto Ottone
Subdirectora Nacional del Consejo
Nacional de la Cultura y las Artes
Ana Tironi
Jefe de Departamento
de Fomento de las Artes
e Industrias Creativas
Ignacio Aliaga



Gabriela Mistral

GALERÍA DE ARTE CONTEMPORÁNEO



Gabriela Mistral

GALERÍA DE ARTE CONTEMPORÁNEO